

EL LICEO VIEJO

No va quedando nada de lo que fue aquello. Y pensar que éste podría ser el título de una novela. Novela de dos o tres mil páginas. O más; porque ¡mire que pasó vida por aquella casa vieja!

Esto sería apenas un capitulito perdido entre cientos, de la novela. Que está ahí, redondo en la memoria. Claro y tibio, está; como de ayer. Lo único que uno hace, es pasarlo en limpio. Lindo sería, que unos cuantos representantes de cada época de esos veintitantos años de vida, pasaran su capítulo. La novela saldría sola. Todo sería cuestión de ponerse. Lástima que, posiblemente nadie se va a poner.

Pero algo tiene que quedar del pobre Liceo viejo. Algo más que estos recuerdos nuestros, que se irán a la tierra un día. Podría ser un cuadro grande, por ejemplo. Un cuadro que, aunque violando alguna ley del arte (tantas se violan sin mayor ni menor motivo, al cabo del año, del mes y del día), cumpliera con esta ley del afecto, que a todos nos está mandando hace tiempo. A muchos nos gustaría enfrentarnos de tiempo en tiempo a ese cuadro grande, para dejar andar por él nuestros recuerdos y completarlo cada uno a su modo. Seguro que nos íbamos a encontrar unos a los otros, allí. Todos; aún los que la vida desencontró al día siguiente del último examen. La vida o la muerte.

Un cuadro que reuniera y fijara lo más "grueso" de adentro y de afuera; lo que todos vemos delante de los ojos, cuando decimos "Liceo viejo". Seres y cosas que, de a uno, son seres y cosas entre millones de seres y co-

sas. Pero que juntos, son, por donde se les mire, esta cosa sola que, si nos sobra en el alma, hace tiempo nos está faltando allí donde fue lo que fue y envejeció. Si no nos apuramos en esa tarea restauradora, llegará un momento en que faltará del todo y para siempre. Desgraciadamente, nuestros hijos no heredarán estos espíritus que nos andan por adentro y que quisiéramos transmitirles en la sangre. En la sangre o en lo que fuere, con tal que los sintieran así.

Los dos frentes, tendrían que aparecer: el de Pablo Zufriategui, que llegaba hasta la puertita del baldío del fondo, por donde entró más de uno a borrar deficientes, cambiar algún escrito o comer nísperos y naranjas. Hasta allí llegaba. Hasta allí justamente, había alcanzado uno a quien el profesor de Matemáticas mandó trazar una línea indefinida. Había empezado en el pizarrón, seguido por la pared del salón de clase y recorrido patio, zaguán y frente, rayando. Lo sujetó Juárez al llegar a la puertita.

—¿Quiandás haciendo?

Explicó.

—Trai esa tiza.

—No me queda más que este toquito.

—Venga el toquito.

Se lo entregó. Con el toquito en la mano, Juárez le hizo seña para atrás con el pulgar:

—Ahora, pasá pa la Diresión.

Pasó y al ratito era el pororó de la boca de don Héctor Cutinella, allá adentro. El de la línea indefinida, desapareció por algún tiempito. Volvió buscando aquella marca. La fue a encontrar hecha dos o tres iniciales de "Definida", en la libreta del profesor de Matemáticas.

Tres ventanas se abrían por este frente de Pablo Zufriategui. Poco, se abrían; eran tan grandes, que seguido las andaban confundiendo con puertas, después de pasada la lista y en los descuidos del profesor.

En la esquina sí había puerta; la que daba al salón de Dibujo, que con esa puerta abierta era salón de Actos. Allí había conferencias, recitales, recepciones, homenajes, salones de primavera con los dibujos del año y esto: asambleas estudiantiles. Lo más lindo que se vio entre aquellas paredes, aquel piso y aquel techo. Lindo por todo; pero principalmente, por la ausencia de profesores. Ausencia física; porque espiritualmente, iban desfilando todos. Los invocábamos nosotros. Nuestro era el "derecho inalienable e imprescriptible" de juzgarlos uno por uno. Y de declarar "írritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre", sus "alevosos" llamados a dar la lección, sus "insidiosas" preguntas, sus "ultrajantes" deficientes, sus "inconsultas" echadas para afuera; y sobre todo, sus "cobardes" reuniones trimestrales a puerta cerrada, cuyos "manoseos de tome y traiga", escuchábamos con un vaso contra la pared medianera, desde lo de Téliz. ¡Qué asambleas, aquéllas! ¡El jugo que estarían dando hoy sus versiones taquigráficas, para las nuevas generaciones! "Nunca tantos dijeron tanto de tan pocos".

Además, eran lindas por cosas menos importantes, pero importantes. Allí nacían y morían las comisiones directivas; a veces morían a puñetazo limpio, de puro duras de morir. Allí nacían y morían las huelgas. De ellas, hay que recordar la que se hizo contra el régimen marcista. La policía repartió "leña", porque se cantaba "tiranos temblad" del Himno y principalmente, porque se gritaba "abajo la dictadura" de Terra. Hubo quien, después de romper la huelga revólver en mano, para hacer entrar a su hija, mandó telegrama a Terra, diciéndole: "Estudiantes treintaitresinos insubordinados contra su dictadura". Cuestión de conciencia. Tal vez no lo mandaron preso, porque era un jefe muy conocido. Y "dictatorialazo".

Por el frente de Manuel Freire, había tres ventanas. Una del salón de Dibujo y otra de la Bedelía, antes del zaguán; otra después del zaguán, en un pedacito de cuatro o cinco metros, que correspondía a la Dirección. Ahí, en

esa rinconada, estaba "el que nos mandaba a todos", rodeado de libros (en la pieza estaba también la biblioteca), mapas y los retratos de Artigas, Rodó y no sé qué otro.

En esa época, el titular del poder era don Héctor Oscar Cutinella. Las ganas que daban de tomar por asalto aquel cuartel general, hacer prisionero al comandante, cantarle unas cuantas verdades sobre tolerancia, reglamentos, calificaciones y demás, y borrar cuanto deficiente estuviera bajo su custodia. Después devolverlo a su puesto con algunas condiciones "sine qua non" y retirar las fuerzas para que no pretextara coacción.

Con el Director había que estar siempre de punta; buscándole el lado flaco (o el gordo no más), para "caerle" sin mediar palabra. Sin mediar palabra; porque cuanto mediaba, ya no se le "caía". Abusaba de su superioridad en razones. A veces, hasta se buscaban todos los medios para hacerlo caer en algún "barro" y después armar el escándalo. Si no había motivo para estos tira y afloja, la muchachada andaba incómoda y desconforme con la Comisión Directiva. Es que el Liceo se le volvía aburrido a uno; parecía un Liceo sin director ni estudiantes como la gente.

Queda todo dicho, si se dice que, con Cutinella de Director, las cosas marchaban a pedir de boca; o sea "tirantecitas". Y queda todo dicho, porque este don Héctor era una cosa bárbara. Si sería cosa bárbara que, no bien salía de allá adentro y bajaba aquellas escaleras, allí no más, ya daban ganas de agarrarlo a abrazos. Y apenas doblaba la esquina de enfrente, cuando ya el hombre había pisado tierra y volvía a su real tamaño, andábamos mismo a los abrazos con él.

En ocasiones nos llevaba a su casa de la calle real, que fue antes de don Lucas Urrutia. Allí nos hacía oír sus verseadas famosas, nos iniciaba en alguna lectura que nos prohibía en el Liceo y se hacía petiso conversándonos de mil cosas lindas que sacaba de cuanto libro hay o inventaba por cuenta propia. Lo mirábamos y nos parecía mentira, que aquel viejo guitarrero, prosa, chistoso y reidor "que sacaba como una polvareda", fuese capaz de aplicar una sanción disciplinaria, allá en sus dominios de Direc-

tor. O de ponerse a enseñar gustoso, aquella cosa que se llamaba Idioma Español, sabiendo todo aquello otro en que se le desataba la lengua. Pero de las dos cosas, era capaz sin vuelta.

Don Héctor se jubiló. La noticia de su alejamiento nos cayó de golpe. Y nos dejó sin asunto; con las caras hasta el pecho, nos dejó. Aún viéndolo en el propio Liceo, por esos días antes de irse, casi lo identificábamos con el medio padre aquél de las conversaciones en la casa. Fue una temporadita corta, en que el Liceo parecía no tener director ni estudiantes, de tan parejo y serenito que quedó todo. Como una tregua fue, hasta que él bajase. Nadie hubiera sido capaz de romper hostilidades.

De lo que todos fuimos capaces, cuando dejó definitivamente la Dirección, fue de entregarle un álbum firmado, en acto con discursos en el salón de Dibujo, lleno hasta la boca. Llorando, nos hizo llorar el viejo. Bajó chiquito, de aquel sitial de combate. Entró grandote, en el corazón de todos los que le rodeábamos aquella noche. Y de mucho más. Grandote; hasta ahora.

Después que se fue la señorita de Ballestrino, el rey de la Bedelía —a la izquierda del zaguán— fue Lindolfo Acosta.

Del Bedel hay que ser amigo siempre. Y de Lindolfo lo éramos todos. Claro, menos por Bedel que por macanudo. Que lo era, como buen espiritista. Ocasiones estaba el profesor ya dando la clase y la "indiada" escuchando a Lindolfo. Unos, porque les gustaba más, derecho viejo; otros, porque le andaban disparando a algún llamado; todos, porque no había peligro de falta. Entonces Jina Rajadasa, Krisna Murthi, el nirvana, el Ramayana, la reencarnación y mucho más de todo eso, se nos andaban saliendo de la boca hasta en la clase de Química.

Verdadera institución dentro de la Institución, era la Portería. Es decir, Juárez con el gancho de tocar campana. Nada más, porque no es cuestión de contar la per-

cha de Bedelía donde colgaba el gancho; colgaba como quien cuelga el arma o el instrumento. Nada más, pero nada menos; porque Juárez sin el gancho o el gancho sin Juárez, no eran más que Juárez o el gancho. La prueba está en que, las veces que el gancho anduvo en otras manos, el toque de campana resultó cosa como de juguete, a la que nadie hizo mucho caso. Tenía que ser Juárez; él traía el pulso de quince o veinte años en aquello.

Dos campanazos de entrada, uno de salida. No erraba. Erró una vez que lo llamó Cutinella al dar el primer golpe; por atender, no dio el segundo. Y otra que el Chano Cacheiro le hizo cosquillas abajo del brazo, cuando ya había enganchado; le salieron como diez campanazos esa vez. Y una carcajada que no se le conocía.

La otra función importante de Juárez, era la de hacer pasar para la Dirección. Andaba celoso en su cumplimiento, cuando aparecía alguna prohibición nueva. Tal vez órdenes de arriba, para imponer la norma. Como era medio petizón, andaba perdido entre la muchachada. Uno lo veía, cuando ya lo tenía arriba, golpeándole el hombro y agregando con serena convicción, el consabido "pasá".

De los que pasamos por el Liceo, es difícil que haya uno, que pueda decir que nunca "pasó". Y a muchos la pasada les terminó en una "pasada".

Juárez había sido milico en sus mocedades; seguro que de ahí le venía semejante severidad en hacer cumplir los reglamentos.

Del zaguán al patio, se pasaba bajo el arco donde, palo horizontal mediante, estaba la campana. Allí no más, a la derecha, vivía el naranjo viejo. Otra institución. Una institución alta, frondosa, verde y cordial. Siempre dando munición menuda para nuestras guerrillas y fruta madura para Juárez. Había que ver la actividad del Portero en los recreos, guardando la prohibición de arrancar naranjas. En nada ponía mayor diligencia, dentro de esta función de gendarme; ni en reprimir los tiros al arco que se organizaban en la puerta de algún salón. Esa diligencia iba aumentando con los fríos. Un día las naranjas empe-

zaban a amarillear; otro, amanecían totalmente amarillas; al siguiente, desaparecían. Ante el peligro de un avance en masa hacia aquella tentación ostentosa e indefensa, autorizaban a Juárez a tomar posesión.

Daba rabia no poder probar las naranjas. Pero más que rabia, dio llegar un día al Liceo buscando aquella sobra amiga y encontrarse con ocho o diez baldosas nuevecitas, tapando el cuadrado de tierra que tantos años había ocupado el pobre y buen naranjo viejo. Ni un pedacito del tronco habían dejado. Ni una astillita para recuerdo. Ni una hoja, para prolongar siquiera un rato, en su sabor, aquella existencia tronchada de la noche a la mañana. Ese fue uno de los grandes vacíos del Liceo que nos quedó en el alma. Ganas nos venían de arrancar aquella lápida irónica de su tumba, dejando sus huesos allí, al descubierto, para remordimiento de verdugos y pobre consuelo de dolientes.

Al salón de Dibujo se entraba por una puerta desde la Bedelía y por otra desde el patio. Por allá, entraba Aramis Mancebo Rojas hecho un ventarrón, a dar Dibujo y Geografía; por acá, los estudiantes a paso tortuga, a recibir Geografía, Dibujo y cuentos. Para cada una de las tres materias, había preferencias. Y por eso Mancebo se esmeraba en las tres. En Dibujo, ni qué decir, porque era pintor; que lo diga en todo caso, el Olimar, si era o no era. En Geografía... Oh! manes de don Miguel de La Blanche! Y en cuentos, Mancebo era creador. Condimentaba con pimienta y ají. El que no se reía cuando eran graciosos, no figuraba en la rueda de invitados por el profesor, que se formaba después en el café "de arriba", cuando la clase de Dibujo o la de Geografía, eran la última. O la primera... Caña blanca para todo el mundo.

En aquel mismo salón, Nilo Goyoaga daba Filosofía, Literatura e Historia. El sí que daba. Si todos dieran así; sin mucho ruido, como dan los que saben dar... ¡Qué apuntes, los de Goyoaga! Con ellos se salvaron muchos

exámenes en Montevideo. Y se perdieron en Treinta y Tres.

Goyoaga era todo un señor profesor. Todo; del pelo a la voz. Algunos hallábamos que hasta fumaba como debe fumar un señor profesor. No mandaba ni tuteaba. Llamaba por señor o señorita fulanos de tal. Promovía discusiones (tranquilas las discusiones), pedía pareceres, "desenredaba la madeja", "cuarteaba a los empantanados", abría caminos "monte adentro", amojonaba la oscuridad de puntos luminosos. Después, decía: "Apunten". Y todo el mundo apuntaba. Aunque no todos "pagasen", después.

Habría mucho más que contar de aquel famoso salón de Dibujo que, como se está viendo, era un salón "orquesta". Allí se puede decir que palpitaba la vida del Liceo. Por la amplitud, por la iluminación, por aquellas mesas de un metro y pico de alto y casi tres de largo, con sus taburetes de quedar con los pies colgando, o por lo que fuera, allí daba gusto.

Se sentaban de a cinco y más, en la misma mesa, se copiaban escritos, se "soplaba", se dragoneaba, se hacían billetitos hasta de amor. Además, en aquellas mesas se escribían los "ideales". Que eran declaraciones públicas, aunque destinadas, sobre las preferencias del corazón. Se escribía allí, se dejaban las iniciales y se esperaba a que la destinataria (o el destinatario; porque las muchachas también tomaban iniciativa) tuviera clase en el salón; después se pasaba a notificarse de la respuesta. Salieron noviazgos de esos juguetes.

Ahora, también pasaron otras cosas. Hubo quien escribió su "ideal" con todas las de la ley, en letra bien trabajada y prosa especial: "Mi ideal lo constituye una gentil rubiecita, ojos pestaña-caída, cara estrelladita en pecas, sonrisa holluelosa, boca tal, nariz cual, estatura tanto, del grupo equis, cuyo nombre es fulanita". Daba el nombre de ella y pedía contestación al suyo propio. Esperó unos días, pasó a ver y encontró abajo: "Pa semejante candil, más ante bibir a oscuras". Letra gorda, desfachatada, bien canaria, la de la contestación. No faltó quien dijera que fue el mismo declarante, el que se contestó; por despecho ante el silencio de ella, se habría con-

testado así. Tiempo estuvo allí, aquel ideal con su "vuelto". Desapareció con la friega anual de muebles.

Haciendo martillo con el salón de Dibujo, estaba el de Historia Natural. Llamado así, por el museíto. Pero también, como todos, salón "orquesta".

Para empezar por el "dueño de casa", allí el Dr. Antonio Pereira Rodríguez daba la materia epónima, Biología e Higiene, y Ciencias Geográficas. Profesor y medio, Pereira Rodríguez. Hermano de Enrique, también profesor y médico. Y hermanos los dos, de aquel otro del mismo apellido, José, que en tiempos no lejanos, había dejado a medio o tres cuartos Treinta y Tres en la estación, agitando pañuelos y mirando húmedo el ferrocarril que se lo llevó para la Capital, después de haber sido Director del Liceo. Más tarde fue terror nuestro, cuando llegaba como Inspector de Secundaria para los exámenes. Un hombre que no permitía copiar un escrito ni por caridad. Eliminaba como quien canta.

Se reivindicaba en Montevideo, sirviéndonos de baqueano insuperable, en cuanto trámite debíamos cumplir allí para seguir estudios. Eso sí, como crítico y poeta, no pudimos negarlo ni cuando hacía aquellas entradas de Inspector. Nos sobraban ganas, pero nos faltaban razones.

Bueno, ¿y Antonio? Antonio enseñaba y enseñaba enseñando. Esto se entiende, recordando que hay de los otros: los que enseñan enredando; que son unos cuantos.

Eso sí, era muy serio Pereira Rodríguez. No se reía ni el último día de clase. Con decir que no se rió la vez que pretendimos convencerlo de que no habíamos entendido "un pito" de una lección sobre batracios (sapos y demás), que nos marcó para el día siguiente al de una fiesta muy linda donde nos habíamos visto las caras con él mismo. No se rió. Nos empezó a llamar por orden de lista y aquello fue una quemazón de la A a la Z. Si no se rió de eso, menos había de reírse el día que, después de varias preguntas infructuosas, a un canarito "bien vagoneta", como tirándole una tabla para que se salvase de

la solitaria y vergonzante "D", lo mandó mover la rótula y el canario empezó a golpear los dientes.

En general, se le estudiaba al Dr. Pereira. Primero, por aquello de buen profesor; segundo, por esto de serio; tercero, por Médico que no cobraba a los estudiantes, y cuarto, por Presidente de Southampton, un cuadrito de fútbol muy perdedor, en el que Hugo de los Santos se jugaba entero por la clase y por Hugo de los Santos.

También allí daba Cosmografía don Augusto Nogueira. Con él nos encontrábamos de entrada, por Matemáticas, en primero, y de salida, por Cosmografía, en cuarto. De salida es un decir; porque muchos, justamente por ella, anduvieron "peludiando" para salir del todo.

Nogueira era bravo; bravo porque explicaba tan claro, cosas tan difíciles, que no se podía echar para arriba suyo, la culpa de no saberlas; como se podía con algún otro. Bravo, además, porque tenía una voz, unos movimientos y una mirada, que al más "pintado" lo hacía "arrollar y atar a los tientos". Claro que hasta el más asustado, volvía a "desatar" y "desarrollar", cuanto Nogueira mostraba apenas la punta de una sonrisa grandota que en cualquier descuido se le andaba escapando.

Era Agrimensor y le calculaba a uno hasta por la mirada, cuándo y qué no había estudiado. Nunca se vio mayor precisión. Dicho por autoridades reconocidas, como Julio César Ubilla, Mauro Guasque, Hugo Barcelo, y compañías.

Otro de aquel salón, era Valentín R. Macedo. Tanto era, que alguna vez que tuvo que ir a otro, dijo que no se "ayeitaba". Con él, como con Goyoaga, aprendiendo Literatura, se aprendía a querer la Literatura. Y a querer al profesor.

Menudito y Escribano como era, Valentín tenía ese empuje del hombre de la tierra; cálido, abierto, barbudo y desplanchado. Había sido tropero y daba la clase caminando de un lado para otro, como a la culata de doscientas o trescientas reses. Hablaba hasta con los ojos y las manos; lindo, hablaba. No cantaba allí, tal vez por falta de tiempo o guitarra. Se iba a cantar allá a los montes del Cebollatí, disparándoles al pueblo y a las escrituras. Cantaba solo y

al aire libre, entre mate, churrasco y caña, esos versos agridulces, como fruta silvestre, que después se juntaron en "Hombre y campo".

Con Valentín no se podía perder un examen. No podían ni esos que forcejean hasta lo último, por perder.

Casi siempre también en aquel salón, daba Idioma Español Adémar Magallanes. Inteligente, el Coco. Nos daba la impresión de ser hombre más para la Literatura, que para lo que tenía entre manos. Sabía mucha gramática; pero más que enseñarla, sabía escribir cosas lindas. Y las escribió. Perdidas por ahí andan; porque Magallanes era un desorejado en cuestión orden. Era un bohemio, de esos que le andan resbalando al mundo. Y que no le sobran del todo, porque casi siempre tienen un huequito donde hacerse un lugar. El lo tenía humilde y sencillo. En el alma sencilla y humilde de los Solito Pérez, los Ansina, los Fidelino, los Jiné y tantos otros, lo tuvo. Y lo dio en aquellos escritos lindos, hondos y tiernos, que habrá que recoger un día, para riqueza de las letras treintaitresinas.

Completaba la lateral sur del edificio, el salón de Química; de Química, por el laboratorio. Y aquí hay que hablar de José Ignacio Olascuaga. Tal vez el más joven de entonces, el más pletórico, el más alegre, el más dicharachero. Un hombre niño hasta para reír; bromista, hasta con el dolor; jugueteón hasta con la muerte! Aún lo estamos viendo, hondo en el alma. Al frente de su clase, fumando su chala, escribiendo en el pizarrón, experimentando en los tubos, explicando siempre. Allí, detrás de aquella mesa larga, sin mirar a nadie y viendo a todos; hasta a Frégoli Sosa, buscando preguntas raras en un libro que había encontrado nadie supo dónde. En la puerta, en el patio y en la farmacia, siempre pro-seando de esto y de aquello. José Ignacio estará siempre en el corazón de todos los que se asomaron un instante a su alma grande, por su mirada buena o por su pecho cálido.

Con las Matemáticas de Peopacio Machado, terminaríamos este salón, si no faltara don Juan J. Sabatino. No tuvimos la suerte de tenerlo ni él la desgracia de tenernos. Lo conocimos de paso y por mentas. No por el pelo, porque ya lo había perdido. En la Dirección de la Escuela de Varones, lo había perdido. Al Liceo, ya llegó sin él y mansito. Daba Geografía, también. Enseñaba a lo Maestro. Conquistaba con la sonrisa y con ella solía dar algún "tachazo". Todo el mundo lo llamaba Don Juan; más por lo bueno que era, que por ser ése su nombre.

Y llegamos a Machado. Grande, pachorriento y buen mozo, Machado le llegaba hondo a las Matemáticas. Lo que no le gustaba, era la pedagogía menuda. El llenaba, y llenaba bien lleno aquel pizarrón de fórmulas. Preguntaba si algún ohabía entendido algo y antes de que nadie contestara, tomando silencio por asentimiento, borraba todo y empezaba de nuevo. Después mandaba pasar. Sólo Echenique, el Negro Oscar Ramos, Juancito Fabeiro o los canarios Rubén Acosta y Luis B. Hernández, podían reproducir aquello. Acaso Mirta Rodríguez, el Chiquito Eudoro Tabeira o Blanca Silva, alguna vez.

Machado era un hombre especial, capaz de cualquier servicio. Pocas palabras y sencillo, como los que son como son. Se le quería y respetaba por justo. Lo único que había habido una vez con él, era una huelguita liviana, por bobadas de interpretación, de la que nadie se acordaba.

Se le conocía de lejos, por el barullo y la pinta de un chevrolet cuatro muy viejo y "basuriado" por las gallinas, que supo tener.

El otro martillo, era el que hacía, con el salón anterior, el de Física. El nombre le venía del gabinete.

Allí campeó don Domingo Almirati. Viejo ya, tenemos que ponerlo aquí. Nos decía que estaba aburrido de veinte años de Física. Nosotros nos hacíamos cargo, aburridos de meses no más.

Don Domingo ocupó interinamente la Dirección, cuando la dejó Cutinella. Poco tiempo. Recién estábamos queriendo entrar en hostilidades, cuando llegó don James García Aust de Durazno, donde parece que había dejado huellas medio semejantes a las que dejó Pepe Pereira Rodríguez en Treinta y Tres.

Don Domingo abría caminos con aquella franqueza golpeadora que tenía. Casi siempre, caminos de afecto. Era también hombre sencillo y directo; cortante, a veces. Decía lo que tenía que decir, aunque dejara blanqueando el hueso. En Treinta y Tres se han dado mucho, estos hombres así. Tal vez esa sea la raíz de la generosidad que se le atribuye al pueblo. La sinceridad, es limpieza del alma.

Don Domingo debe haber sido uno de los primeros dentista del pueblo.

Jorge Mitre nos enseñó a deletrear el francés; Aurelia Guixé Cazes a "palabrearlo"; Teófilo Jordá a paladearlo "mojado" en literatura.

Cerrando el cuadro de casa por la parte del oeste y por todo el norte, había un muro, con una puertita contra el salón de Física, que daba al baldío del fondo. Pegados al muro del norte y pegados entre ellos, como casas de carga-araña, estaban los tres "excusaditos". En uno entró Jorge Mitre, un día de exámenes de Francés; al contiguo, entró un Pepe muy conocido. Le llamó la atención al profesor, con unos golpes en la pared y le dijo: "Señor Mitre, Yo soy Fulano José; las lecciones un-dos-tres, son las únicas que sé". El aludido le preguntó la cuatro.

El patio era grande y abierto, con una barrita fija en el fondo, en la que estaba prohibido hacer ejercicios. Se violaba la prohibición.

Costeando el edificio, había una vereda embaldosada, con techo sostenido por columnas, desde la puerta referida del salón de Dibujo, hasta la esquina de los de Química y Física. Un techo que dice que había servido para

atajar la lluvia o algo así. En esa época, servía para conservar abajo, tres o cuatro bancos que teníamos para sacar fotografías al final de los cursos. También los gorriones, las golondrinas y las ratas, se servían del techo.

Cada salón, además de la puerta de entrada por el patio, tenía otra siempre cerrada de firme. Frente al salón de Física, estaban los tres nísperos. Estaban los árboles; de la fruta, sólo se puede decir que fue la mejor munición.

En las composiciones que nos mandaban hacer Cutinella, Goyoaga, Macedo y Magallanes, decíamos que el comienzo de las clases era cosa muy linda. Mentira. Lindo es ahora, y será cada día más. Pero entonces, lo único que se veían eran caras estiradas, que se iban acortando a medida que llegaban las primeras vacaciones, que era la semana de turismo. De ahí volvían otra vez estiradas, para irse componiendo hasta julio. Y de julio nos íbamos hasta fin de año; porque en aquel tiempo, no había esa semana de primavera de ahora, que le hace aguar la boca a uno. Después de esas primeras vacaciones de turismo, era cuando realmente las cosas empezaban a apretar. La mayoría recién se decidía a tomar algún apunte y a copiar los horarios. No uno, que todo el año, antes de cada clase, preguntaba:

—Y ahora, ¿qué tenemos? ¿Viejo Nogueira, petiso Cutinella, panzón tal o pesau cual?

“Cosa triste, la finalización de las clases”, poníamos en las composiciones aquéllas. Mentira también. Lo único triste que tenía, era no salir exonerado. Como salían aquellos felices mortales de excepción, que algunos llamaban “tragas”, pero que se llamaban Guadiela Rosé, Miguelita Quintela, Hielde Machado, Beba Larrambeberé, Brenda Sarasola, Gladys y Teresa Recarte, María del C. Mederos, casi todos los nombrados en la clase de Peopacio y cientos más. Porque parece que los somnolientos, mateados y farreados repasos, se hubiesen hecho para aquellos sufridos compañeros de pena y aflicción, cuya interminable lista encabezábamos con Alberto Abrevaya,

Julia Caballero, Artigas y Homero Barboza, Sara Stern, Lino González, María Cristina Cabanelas, y un par de miles de etcéteras.

Después del repaso, nos re-encontrábamos en los exámenes. Andábamos juntitos unos con otros; como para darnos calor. Porque siempre hacía frío en aquellas temporadas de diciembre y febrero. Un frío que hacía sudar.

En las composiciones, decíamos que durante las vacaciones íbamos a leer muchos buenos libros, preparar puntos flojos, recordar los gratos momentos de clase, esto y lo de más allá. Tercera mentira más grande que el Liceo. Nos íbamos a divertir a todo lo que daban cuerpo y alma. Unos, a trabajar, que hasta eso era divertirse, entonces; otros, a bailar y parrandear de lo lindo, durante aquellos poquititos tres meses esmirriados, que empezaban terminando.

Y estamos a unas pocas líneas del final de esto. Apenas cerrar, con exclusión de tantos nombres y cosas y hechos, que solos no más seguirían llenando páginas. Pero no hay que olvidar que estamos en un capitulito de aquella gran novela que fue el Liceo viejo. Novela que quedaría completa, si varios representantes de cada generación —uno por grupo— dieran sus capítulos. Ojalá eso se haga. Habría que cumplir con aquella casa vieja por donde pasó tanta vida. Y de la que no va quedando más que estos pobres recuerdos nuestros que borrará la tierra.